ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA CARETA VERDE,

COMEDIA DE GRACIOSO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de esta Galería de* 1.º *de Octubre de* 1875.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
10	4	A la puerta de la iglesia.....	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
11	»	Aprobados y suspensos........	1	Vital Aza..........	»
2	2	Ayudar... á caer—c. a. p. ...	1	E. Sanchez Castilla..	»
3	2	Basta de suegros—c. o. p.....	1	Eduardo Lustonó....	»
3	2	Contra indiferencia, celos.....	1	F.ª Saez de Melgar...	»
		Don Celedonio..............	1	Sres. Retes y Carrillo...	»
		Doña Juana Tenorio, *parodia*..	1	D. R. María Liern......	»
4	1	Dudas y sombras—c. a. v.....	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
3	3	El archivista—c. o. v........	1	J. Velazquez y Schez.	»
4	3	La dama blanca—c. o. v......	1	J. Velazquez y Schez.	»
		La esencia del hambre.......	1	R. María Liern......	»
		La gacetilla del año, revista...	1	M. Pina Dominguez..	»
6	4	La primera reunion—j. o. v..	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
8	5 a.	Los baños del Manzanares.....	1	Ricardo de la Vega..	»
5	1	Los pretendientes............	1	Emilio Álvarez......	»
4	2	Mi sobrino—j. o. p..........	1	Salvador Lastra.....	»
2	2	Pedro Jimenez..............	1	Enrique G. Bedmar..	»
5	2	Quien lo hereda no lo hurta...	1	Baron de Cortés. ...	»
		Un alcalde aragonés—c. o. v..	1	Manuel Cuartero.....	»
		Una alumna de Baco.........	1	R. María Liern......	»
		Un thé dansant.............	1	César Bassols.......	»
12	8 a.	Ecos de Noche-buena........	2	Sres. Caballero y Ortiz..	»
		La capa no sempre tapa.......	2	N. N..............	»
6	2	La careta verde.............	2	M. Ramos Carrion...	»
7	4	La familia Pesadilla—c. a. p..	2	Sres. Lastra y Vinajeras.	»
3	2	La jaula de oro...........	2	Ricardo Soláns......	»
4	3	La mamá política............	2	M. Ramos Carrion...	»
5	3	¡Arda Troya!—j. o. v........	3	M. Pina Dominguez..	»
		Bernardo del Carpio.........	3	Francisco Macarro..	»
6	4	El coronel D. Pablo—c. o. v..	3	F. Canton Delgado...	»
		El parecido en la Córte, *refundicion*..................	3	Ricardo Caballero...	»
4	3	El sí de las niñas—c. o. p....	3	L. F. de Moratin.....	Ejemps.
7	1	La Fornarina...............	3	Sres. Retes y Echevarría.	Todo.
5	3 a.	La herencia de un rey—d. o. v.	3	SS. Santivañes y Cuenca.	»
5	2 a.	La luz del rayo—d. o. v.....	3	J. Velilla Rodriguez.	»
3	2	Las cerezas...............	3	D. M. Pina Dominguez..	»
7	2	Una boda en palacio.......	3	Sres. Echevarría y Santivañes..........	»
		Un alcalde justiciero.........	3	Francisco Macarro...	»
		La mágia nueva, *mágia*......	4	Sres. R. Carrion y Coello.	»

LA CARETA VERDE,

COMEDIA DE GRACIOSO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

Representada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 31 de Enero 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA AMPARO	SRA. VALVERDE.
VIRGINIA	SRTA. MORERA.
DON NICOMEDES	SRES. MARIO.
RAFAEL	ZAMACOIS.
ESCALERA	BALLESTEROS.
DON PÍO	JOVER.
RODRIGUEZ	SANCHEZ DE LEON.
GONZALEZ	VIÑAS.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

A MI QUERIDÍSIMO AMIGO

TORIBIO G. GRANDA.

Á tí te debo todo lo que soy, porque has conseguido con cariñosos consejos aficionarme al trabajo.

Mira en la dedicatoria de este juguete una débil muestra del agradecimiento y el fraternal cariño que te profesa tu invariable amigo

Miguel.

ACTO PRIMERO.

Habitacion modestísimamente amueblada.—Dos puertas laterales y una al foro.—Balcon á la izquierda. (1)

ESCENA PRIMERA.

Á oscuras.—Por un momento la escena sola.—Se oyen las campanillas de las burras de leche y una voz que despues de tres golpes y un repique, grita: «¡burrero!»—Á poco suenan dos golpes de llamador más cercano, que se repiten despues de una pequeña pausa.—Luégo sale DOÑA AMPARO, suponiéndose que á medio vestir y abrigándose con un manton.

AMPARO. Me parece que han llamado para aquí! (Abre el balcon y penetra una claridad débil.) Caramba y qué fresca está la mañana!—Quién?

RAFAEL. Abra usted!

AMPARO. Quién es?

RAFAEL. Soy yo! Eche usted la llave si no quiere bajar.

AMPARO. Toma! Si es don Rafael!—Allá voy!—Y viene con una señora. ¿Qué será esto? (Entra por la derecha y sale al mo

(1) Tómese por derecha é izquierda la del actor.

mento con la llave.) No, pues se lleva chasco si piensa que yo le voy á tolerar ninguna trapisonda en mi casa, despues de no pagarme. No faltaba más! (Acercándose al balcon.) Allá va! Cuidado, no les rompa la cabeza. (Arroja la llave, cerrando el balcon.) Ya lo creo que hace frio! Como que está empezando á nevar. Qué pretenderá don Rafaelito viniendo con una señora? Valiente señora será ella!—Ya están ahí. (Sale por el foro y vuelve á entrar.)

ESCENA II.

DICHA, RAFAEL, con un sombrero de copa aplastado y un gaban muy grande.—VIRGINIA, con un capuchon de máscara y la careta puesta.

AMPARO. Pero qué es esto, don Rafael? Pero usted qué se ha figurado! Á quién se le ocurre traer á mi casa una mujer!

RAFAEL. No es mujer, doña Amparo!

AMPARO. Ah, ya! Es algun amigo disfrazado! Pues que se quite la careta, si nó no me fio.

RAFAEL. No es eso, señora, no es eso! Esta señorita...

AMPARO. Cómo! Es una señorita!

RAFAEL. Si señora, una señorita; por consiguiente, guárdese usted de hacer cierta clase de suposiciones.

AMPARO. No es extraño que las haga. Presentarse á estas horas y de esta manera, me parece que...

VIRG. Ay Dios mio! (Se echa á llorar.)

RAFAEL. Lo ve usted? Ya la ha hecho usted llorar con sus inconveniencias.

AMPARO. Yo! Pues hombre, me gusta!

VIRG. Ay Dios mio! (Llorando más ruidosamente.)

RAFAEL. No llores, vida mia!

AMPARO. Vida suya! Don Rafaelito! (En tono de reconvencion.)

RAFAEL. Señora, consuélela usted, dígala usted algo!

AMPARO. Y qué le voy yo á decir!

VIRG. Ay Dios mio! (Llorando más.)

AMPARO. Vamos, no llore usted.

RAFAEL. (Dígala usted que esté tranquila, que en esta casa está segura.

AMPARO. Segura de qué?

RAFAEL. Dígaselo usted, señora!)

AMPARO. (Pues señor, bien.) Aquí está usted segura, no se altere usted. (De qué estará segura aquí?)

RAFAEL. Ahora voy á explicar á usted lo que sucede.

AMPARO. (Ya era hora!)

RAFAEL. Pero quítate la careta, te estás sofocando.

VIRG. (Sollozando.) No!

RAFAEL. Anda, si esta señora es de mucha confianza! No tengas vergüenza.

AMPARO. No, no tenga usted vergüenza! (Vaya unos consejos que le estamos dando.)

RAFAEL. Vamos, quítate la careta. (Virginia se la quita.)

AMPARO. Y es muy linda!

VIRG. Muchas (Solloza.) gracias!

RAFAEL. Pues oiga usted, doña Amparo! (Se quita el gaban. Debajo trae puesto y recogido, para que no salga por bajo de aquel, un dominó.)

AMPARO. Cómo! Usted tambien viene de máscara!

RAFAEL. Sí señora, tambien. (Se quita el dominó.) Siéntese usted.

AMPARO. Pero...

RAFAEL. Siéntese usted, que la historia es un poco larga. (Se sientan.) Pues señor, yo estoy en relaciones amorosas con esta señorita.

AMPARO. Me parece bien.

RAFAEL. Y esta señorita tiene un tio muy bruto.

AMPARO. Me parece muy bien.

VIRG. (En tono de reconvencion.) Rafael!

RAFAEL. Y ese tio, que se llama don Pío, don Pío, asómbrese usted! se opone á que yo la quiera y á que la quiera nadie, como el que la quiera no pase de cuarenta años.

AMPARO. Me parece bien.

RAFAEL. Señora! Á usted todo le parece bien!

AMPARO. Quiero decir que me voy enterando.

RAFAEL. Ah! Vamos. Pues ese tio se ha empeñado en que Vir-

ginia (esta jóven se llama Virginia)...

AMPARO. Muy bonito nombre.

VIRG. Muchas (Sollozando.) gracias.

RAFAEL. Se ha empeñado en que Virginia se case con un hombre entrado en años, bajo el fútil pretexto de que los jóvenes no servimos para maridos.

AMPARO. Ya!

RAFAEL. No la deja á sol ni á sombra, es un tirano insufrible, y en la imposibilidad de vernos ni hablarnos, se me ocurrió la idea de que una noche, mientras el tio estuviera dormido, viniera ésta con unas señoras, vecinas de la misma casa, al baile de máscaras de la Zarzuela.

AMPARO. Muy bien.

RAFAEL. Y hoy lo hizo así. Estábamos tranquilamente en el baile, cuando de pronto ésta da un grito al ver á su tio, que se nos aparece como buscando á álguien. Sin duda notó la ausencia, supuso que estábamos en el baile y allá se fué. Virginia al verle exclama sorprendida: Mi tio! Oye éste su voz, se dirige á nosotros, yo cojo á ésta del brazo y nos escabullimos; llego al guardaropa, recogemos los abrigos, y al salir nos hallamos con don Pío, que me pega un golpazo en el sombrero; la gente se reune interponiéndose; yo aprovecho aquel momento y salimos á la calle, librándonos milagrosamente de un escándalo mayor.

AMPARO. Y despues?

RAFAEL. Despues yo quise llevar á esta señorita á su casa, pero como ya he dicho á usted, su tio es muy bruto, y Virginia teme, y con razon, que quiera matarla ó poco ménos.

AMPARO. Y qué piensa usted hacer? (Á Virginia.)

VIRG. Yo! Morirme! (Se echa á llorar.)

RAFAEL. Lo ve usted? Si no tiene ánimos para nada!—Gracias que á mí no me faltan nunca ideas.

AMPARO. Oh! lo que es eso sí; otra cosa no tendrá usted, pero ideas..

RAFAEL. Y se me ocurrió la única que podía salvarnos. ¿No adi-

vina usted cuál es?

AMPARO. Yo, no!

RAFAEL. Pues bien, (Levantándose, cogiendo por una mano á Virginia y presentándola á Doña Amparo.) tengo el honor de hacer á usted depositaria de esta señorita.

AMPARO. Cómo!

RAFAEL. Sí, señora, usted cuidará de ella.

AMPARO. Yo!

RAFAEL. Usted.

AMPARO. Don Rafael, pero usted qué se ha figurado?

RAFAEL. Usted! usted que es, no una patrona, sino un ángel que tiene una casa de huéspedes.

AMPARO. Vaya, vaya, no me venga usted con bromas...

RAFAEL. Bromas! Y á esto lo llama usted bromas! No, el caso es muy serio; quedándose Virginia en esta casa, custodiada por usted, virtuosísima señora, su reputacion quedará incólume; en dos ó tres dias procuraremos por todos los medios convencer á su tio de que debemos casarnos y punto concluido.

AMPARO. Es claro, ya lo arregló usted á su gusto. Y dónde meto yo á esta señorita?

RAFAEL. En cualquier parte... en mi cuarto.

AMPARO. Don Rafael!

RAFAEL. Marchándome yo á otro.

AMPARO. Ah! Eso es otra cosa. Pero ni aun así es posible. Usted sabe que tengo toda la casa ocupada. Allí, el señor de la sala, en ese gabinete el retirado, en ese otro cuartito don Nicomedes y en aquella habitacion usted. No queda más que la mia.

RAFAEL. Pues en esa.

AMPARO. Pero hombre...

RAFAEL. En ninguna parte mejor: es cuarto independiente. Así nadie la ve, que es lo que yo deseo. No hay necesidad de que los demas huéspedes se enteren... Y para tranquilidad de usted, de esa manera hay entre nosotros incomunicacion completa. Desaparezcan todos los escrúpulos que pueda usted abrigar! Median cinco tabi-

ques!

AMPARO. Buen trucha está usted, don Rafaelito! Con esa palabrería consigue todo lo que se le antoja.

RAFAEL. Es posible! Luégo usted accede! Ah! Doña Amparo! Es usted nuestro único idem! Virginia, somos dichosos. Arrójate á sus plantas.

AMPARO. No, señorita, no se arroje usted á ninguna parte. Lo que ha de procurar es sacarme pronto de este compromiso, porque si su tio de usted descubre que está aquí...

RAFAEL. Eso es imposible! Cómo ha de averiguarlo? Ademas, yo prometo á usted que esta situacion se prolongará lo ménos posible.—Entre tanto, cuente usted con nuestra eterna gratitud, nuestro eterno reconocimiento y nuestro cariño... eterno tambien.

AMPARO. Bueno, bueno.— Señorita, venga usted, no se levante alguno de los huéspedes y vaya á verla. En mi cuarto puede usted descansar.

VIRG. Gracias... Muchas (Solloza.) gracias!

RAFAEL. Ah! Doña Amparo! Permítame usted que la dé un abrazo!

AMPARO. Zalamero! (Rafael la abraza, tendiendo por detrás de ella la mano á Virginia, que le da la suya que besa él.)

RAFAEL. Qué bondadosa es usted!

AMPARO. (¿Dónde me habrá besado que no lo he sentido?) Vamos.

RAFAEL. Adios, bien mio.

VIRG. Adios. (Vánse.)

ESCENA III.

RAFAEL solo.

Perfectamente, en buen lio me he metido. Pero señor, en qué compromisos me pongo yo á mí mismo; en qué compromisos!—Mejor!—Así se prueban los caractéres, así se templan las almas... así se lo llevan á uno los demonios!—Ah! Voy á dejar el gaban en el cuarto de don

Nicomedes!—Pobre señor! Si él supiera que para ir al baile me habia puesto su gaban... Pero qué remedio! Cómo salir á la calle en pleno Enero con esta levita... la única que tengo! (Entra por la segunda puerta de la derecha á tiempo que sale doña Amparo por la primera.)

ESCENA IV.

DOÑA AMPARO, luégo RAFAEL.

AMPARO. Don Rafael!

RAFAEL. Servidor.

AMPARO. Usted, señor mio, se ha propuesto abusar de mí hasta un extremo que yo no puedo tolerar.

RAFAEL. Señora...

AMPARO. ¿Cuánto tiempo piensa usted que esté aquí esa señorita?

RAFAEL. No lo sé. Tal vez algunos dias.

AMPARO. Y quién va á pagarme la manutencion de esa señorita?

RAFAEL. Yo!

AMPARO. Usted! Hombre, me hace gracia. No me paga la suya desde hace tres meses, y va á pagarme la de los demas.

RAFAEL. Escuche usted, alma cándida, patrona inverosímil.—Esa señorita es muy rica.

AMPARO. Ah!

RAFAEL. No crea usted, sin embargo, que es esa la causa del cariño que la profeso, no. La amo desinteresadamente, con el amor más tierno y más puro; la querría lo mismo aunque no tuviese dos reales... pero tiene muchas pesetas.

AMPARO. Ya comprendo. Usted, teniéndola aquí, quiere comprometer á su tio á que se la dé por esposa.

RAFAEL. Exactamente, pero es necesario obrar con cautela, aguardar un momento oportuno. Llegado éste, le obligo á que me dé su mano, yo se la tomo, nos unimos para siempre y realizo mis sueños de amor y de arte. Oh! Cuando yo sea rico pintaré todo lo que tengo aquí: haré cuadros colosales, presentaré lienzos que

asombrarán al mundo, tendré un estudio en Roma, otro en París, otro en Lóndres, otro en Suiza, otro en Madrid, otro en Rusia para estudiar paisajes nevados...

AMPARO. Y ántes de todo eso me pagará usted?

REFAEL. Que si la pagaré á usted! Con creces cuanto me ha dado. No olvidaré nunca que durante tres meses he comido por usted los garbanzos de la filantropía, que á usted le debo la existencia... Dispense usted si me conmuevo. (Sollozando.)

AMPARO. (Pobrecillo!) (Enjugándose una lágrima.)

RAFAEL. Tiene usted ahí media peseta suelta? (Natural.)

AMPARO. Suelta no.

RAFAEL. Pues démela usted como la tenga. Es para comprar cigarros.

AMPARO. Tome usted.

RAFAEL. Una peseta! Oh! Qué buena es usted! Me servirá usted de modelo para una Samaritana que tengo aquí. Con el cántaro, junto al pilon... Ya verá usted. Vaya, me voy á dormir un rato; estoy rendido. Avíseme usted cuando esté el chocolate. (Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA V.

AMPARO, luégo ESCALERA.

AMPARO. Dice que es muy rica esa señorita. Me alegro saberlo, así la trataré con las consideraciones que merece.

ESC. (Que sale en zapatillas, con una bota bajo el brazo y cepillando otra.) Buenos dias.

AMPARO. Buenos los tenga usted.

ESC. Tráigame usted agua caliente para afeitarme.

AMPARO. Todavía no he encendido lumbre! Hoy se ha levantado usted más temprano.

ESC. No me dejaba dormir el reuma. Esto se saca de servir á la patria; alifates y tener uno que limpiarse las botas. Hum! Hum! Mientras uno se las limpia otros se las ponen. Anoche he leido en *La Correspondencia* que han hecho brigadier á Talegon, uno que fué sargento de mi

compañía cuando yo era teniente. Yo me he quedado de teniente y él ya es brigadier. Bueno anda todo! Esto se lo tienen que llevar los demonios, no hay más remedio. Brigadier Talegon! Vamos, es cosa de... (Sigue limpiando la bota.) Hum! Hum!

AMPARO. Y es jóven ese Talegon?

ESC. Un muchacho, de mi edad, poco más ó ménos. ¡Si es un escándalo!

AMPARO. Vamos, no se queje usted. Al ménos tiene con qué vivir, y aunque sea poco su retiro, ha tenido usted la suerte de dar conmigo y no con una de esas patronas que explotan á los huéspedes.

ESC. Sí, es verdad. Hum! Hum! Pero ve uno cosas que le hacen saltar. Brigadier Talegon! Hum! Hum!

AMPARO. Voy á encender el fuego.

ESC. Vaya usted con Dios. ¡Bonito anda todo!

AMPARO. (No he visto en mi vida hombre que gruña más.—Llaman! Quién será á estas horas? (Váse.)

ESCENA VI.

ESCALERA y despues D. NICOMEDES.

ESC. Vamos, á mí estas injusticias me alborotan! Dice el periódico que Talegon se ha batido como un héroe. Yo tambien me batiría si estubiera allí! Y por eso le dan la faja! Yo no puedo aguantar estas cosas, no puedo. Se me subleva la sangre! Maldita sea mi suerte! (Tira la bota que acaba de limpiar, dando con ella en la puerta, á tiempo que entra D. Nicomedes con capa.) Amen!

NIC. Ay!

ESC. Dispense usted, don Nicomedes.

NIC. No, no hay de qué. (Cogiéndo del suelo la bota y dándosela.) Pero qué estaba usted haciendo?

ESC. Nada. Estoy llevado de los demonios!

NIC. (Cuándo no es pascua?) Pues qué le pasa á usted?

ESC. Nada, sino que se ven unas cosas todos los dias capaces de sacar de quicio á cualquiera.

Nic. (Á este señor le saca todo de quicio.)

Esc. Y cómo se ha levantado usted tan pronto?

Nic. No me he acostado todavía.

Esc. Hola, hola! Calaveraditas! Eh?

Nic. Quiá! No señor! Vengo de velar á un enfermo. Un señor amigo mio! Pobrecillo! muy malo queda! Yo creo que de hoy no sale.

Esc. Ya!

Nic. Es un caballero que no tiene familia; se encuentra aislado en el mundo; me ha dado lástima y he ido á acompañarle. ¡Pobre hombre! Debe ser muy triste hallarse solo á una edad avanzada. Ahí tiene usted las consecuencias de no querer casarse. Llega uno á viejo y se ve como él. Nada, nada, el estado natural del hombre es el matrimonio, no hay que darle vueltas. El que á cierta edad está soltero no puede ser feliz.

Esc. (De mala manera.) Pues yo no me he casado y soy dichoso.

Nic. Bien, usted es una excepcion. Pero á mí le aseguro que no me pesa el haberme casado. Y eso que mi mujer tiene un geniecito que ya, ya. Sólo yo soy capaz de sufrirla. Se pasa riñendo el dia y la noche, no hace otra cosa. Por lo demas es una infeliz, muy buena, muy buena. La pobre, ya ve usted, me escribe todos los dias y anda recelosa por mi estancia en Madrid; no quiere creer lo difícil que es ver á los ministros y directores y todos esos personajes, y se figura que yo tengo aqui algun entretenimiento. Mal me conoce; desde el catorce de Julio de mil ochocientos cuarenta y nueve, en que nos casamos, le aseguro á usted que ni siquiera he mirado á otra mujer que la mia. Cuando he visto por casualidad alguna así de esas que le ponen á uno nerviosillo, hé dicho para mi capote: Cuidado, Nicomedes, cuidado, no faltes á Sebastiana, conténtate con Sebastiana, no olvides que estás condenado á Sebastiana perpétuamente.

Esc. Es usted un buen hombre!

NIC. Muchas gracias, es justicia.—Pues ahí tiene usted, Sebastiana no acaba de convencerse de eso. Aquí tengo su carta de ayer, y como ésta la de todos los dias. Oiga usted: «Toledo veintiseis de Enero—Querido esposo »No puedo creer que sea tan difícil tu reposicion á mí »no me la pegas ya sabes quién soy con la recomen»dacion de don Melchor me choca mucho que no hayas »visto al ministro y lo que yo me sospecho es que tú »tienes por ahí algun entretenimiento como yo lo sepa »ya verás Dios quiera que no te entregues á todos los »bicios. (¡Vicios con b, que deben ser unos vicios terribles!)« Se me va acabando la paciencia vente pronto ó »voy yo á buscarte Adios los niños buenos Casimiro »ha tenido unas calenturillas tu esposa que te quiere »Sebastiana Postdata como me faltes te arranco las ore»jas» (1) Lo ve usted? Es más buena que el pan. (Besandola carta.) Pobre Sebastiana! ¡Cuándo conseguiré mi reposicion!

ESC. Y qué tal va de pretensiones!

NIC. No voy mal, no voy mal.

ESC. Usted todo lo ve de color de rosa!

NIC. Pues si no me habría muerto ochenta veces! Pero con este genio que Dios me ha dado tengo esa felicidad. Por supuesto que ahora hay razon para confiar, porque cuando ví al ministro la última vez me dijo: «Descuide usted que se le repondrá; le tengo á usted presente.» Ya ve usted, me tiene presente el ministro, que más puedo pedir!

ESC. Es claro! Usted no conoce lo que es esa gente: como no tenga usted favor conseguirá su reposicion el dia del juicio. ¡Bueno anda todo! Hum! hum! brigadier Talegon!

NIC. Eh? Qué dice usted!

ESC. Nada, hombre, nada.

---

(1) Esta carta debe leerla el actor como si no tuviese puntos ni comas.

NIC. Ya estoy deseando verme otra vez en Toledo. Madrid no es para mi genio. Yo soy poco aficionado á diversiones, y luégo como mi posicion no es tampoco para gozar de ellas, me aburro más. Metido aquí en una casa de huéspedes echo tanto de ménos á mi mujer y á mis chicos... ¡Pobrecillos!

ESC. Cuántos tiene usted!

NIC. Siete nada más.—En la carta de anteayer me ponía una postdata Paquito, el mayor. Vea usted! Cosas de chicos! Se conoce que se empeñó en hacer garabatos y su madre le dejó que los hiciera! Vea usted, vea usted qué disposiciones presenta. (Enseñándole una carta.)

ESC. Pero aquí no dice nada!

NIC. No señor, si no sabe escribir. Es de pura aficion, palotes.

ESC. Ya! Es pequeño!

NIC. Trece años cumplió por la Vírgen de Setiembre. Pero está muy adelantado, es muy listo. Desde que era chiquito me dijeron los médicos: tenga usted cuidado, este niño es muy precoz; lo más probable es que se malogre. Y vea usted, felizmente, no se ha malogrado!

ESC. No, ni se le malogrará; esté usted tranquilo.

NIC. Dios le oiga á usted!

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA AMPARO, que trae una cafetera.

AMPARO. Señor de Escalera, aquí está el agua caliente.

ESC. Deme usted. (Se la toma.) Voy á afeitarme. (Váse.)

NIC. Pues yo voy á descansar, que buena falta me hace. Estoy rendido.

AMPARO. Qué tal quedó el enfermo?

NIC. Muy malito.—Oiga usted, hoy no quiero chocolate, déjeme usted dormir hasta la hora del almuerzo.

AMPARO. Está bien. Yo me voy á la compra.—Que usted descanse.

NIC. Hasta luégo. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VIII.

DOÑA AMPARO, luégo ESCALERA.

AMPARO. Esto de no poder tener una criada es mucho cuento! Vive una hecha un azacan. Ay! Cuándo parecerá un huesped que merezca la pena!

ESC. (Que sale en mangas de camisa con una tohalla al hombro, la cara enjabonada, una navaja de afeitar en la mano y en la otra un espejito.) Es imposible afeitarse en ese cuarto: ya me he hecho tres cortaduras. Reniego de mi suerte y de la patrona!

AMPARO. Muchas gracias

ESC. (Que cuelga el espejito en la puerta del balcon y empieza á afeitarse.) Ah! Cree usted que no tengo razon para quejarme! En ese cuarto no se ven los dedos de la mano. Cada vez que me afeito me pongo hecho un San Bartolomé.

AMPARO. Hecho un demonio es lo que usted se pone! Y me parece que por tristes seis reales diarios no va usted á tener un gabinete con vistas á la Puerta del Sol! En fin, no tengo ganas de conversacion, me voy á la compra. (Coge la cesta y se va.)

ESCENA IX.

ESCALERA, despues DOÑA AMPARO y D. PÍO.

ESC. (Que de vez en cuando, para estirar la piel al afeitarse, se mete un dedo en la boca.) Tiene razon! Yo no debo quejarme de la patrona, sino de mi suerte. Hum, hum!—Si no me hiciera cargo de ciertas cosas, un dia al afeitarme, ¡rís! (Indicándolo.) me cortaba el pescuezo y se acabó.

AMPARO. (Dentro.) Tengo órden de no llamarle.

PIO. (Entrando.) Y yo necesito que usted le llame. Ah! (Dirigiéndose á Escalera.) Es usted don Nicomedes Cordero?

ESC. No señor!

AMPARO. Pues no le he dicho á usted que está durmiendo, que

acaba de acostarse, que ha pasado la noche fuera y me ha dicho que no le llame hasta la hora de almorzar!

PIO. Ha pasado la noche fuera! (Ya no cabe duda!) Llámele usted inmediatamente, y dígale que aquí hay un caballero que necesita hablarle. (Y que no admito excusa ni pretexto.—Que si no sale de la cama iré yo á sacarle de ella!

AMPARO. Qué barbaridad!

PIO. Eh!

AMPARO. Nada, nada, voy á llamarle. (Entra en el cuarto de D. Nicomedes.

ESCENA X.

DICHOS ménos DOÑA AMPARO. Despues ésta.

ESC. Tome usted asiento.

PIO. Gracias. (Continúa paseando agitado del uno al otro extremo de la habitacion.)

ESC. Este debe ser algun acreedor. ¡Bueno anda todo! Hum, hum! Ea, ya acabé! (Descuelga el espejito.) Servidor de usted.

PIO. Vaya usted con Dios. (Váse Escalera á tiempo que sale Doña Amparo.)

AMPARO. Ya se está vistiendo; al momento saldrá.

PIO. Está bien.

AMPARO. Quién será este bruto? (Váse.)

ESCENA XI.

D. PÍO y despues D. NICOMEDES.

PIO. ¡Cuál va á ser su sorpresa al encontrarse enfrente de mí! No sé si echarla por la tremenda ó procurar arreglarlo amistosamente.—Sí, mejor será esto. Dominaré mi carácter impetuoso, y si por buenas no puede arreglarse... entónces... entónces ardera Troya! Vaya si arderá! Tenía ganas de habérmelas con uno de estos seductores de oficio, y ya lo he logrado. ¿Qué clase de

pez será este Cordero?—Algun estudiantillo de mala muerte; un cualquiera, un chiquilicuatro!—Yo le compondré. Y en cuanto á ella, en cuanto á ella...

Nic. Para servir á usted. ¿Es usted quien me busca?

Pio. Cómo! ¿Es usted don Nicomedes Cordero?

Nic. Servidor de usted!

Pio. Usted es Cordero? Tan viejo!

Nic. Sí, señor. (Este hombre cree sin duda que los Corderos de apellido debemos acabar siendo borregos.)

Pio. Pues yo soy don Pío.

Nic. Muy señor mio.

Pio. No le hace á usted temblar mi nombre!

Nic. No señor, por qué ha de hacerme temblar?

Pio. No ha oido usted nunca mi nombre?

Nic. Sí señor, he conocido en Segovia un don Pío Manteca, sobrino del juez de primera instancia.

Pio. Yo no soy ese Pío.—Yo soy don Pío Vargas.

Nic. Está bien, pero no comprendo á qué viene...

Pio. ¿No sabe usted á lo que vengo?

Nic. No señor.

Pio. Ni lo sospecha usted?

Nic Ni lo sospecho.

Pio. Pues bien; yo soy su tio!

Nic. Tio de quién?

Pio. De Virginia!

Nic. Y quién es Virginia?

Pio. Conque no sabe usted quién es Vírginia?

Nic. No señor. Como no sea la novia de Pablo...

Pio. Hombre cínico, hombre procaz...

Nic. Caballero!

Pio. De quién son estas tarjetas? (Dándole varias.)

Nic. Nicomedes Cordero, Berenjena, diez y siete, segundo derecha. Mias.

Pio. Y esta cartera?

Nic. Mia tambien! ¿Cómo tiene usted mi cartera?

Pio. Y usted me lo pregunta! Es decir, que está usted resuelto á negarlo todo, á convencerme sin duda de que

todo lo que he visto ha sido ilusion mia.

NIC. Pero qué es lo que ha visto usted?

PIO. ¿Dónde ha perdido usted la cartera?

NIC. Yo no lo sé. Ignoraba que la hubiese perdido, y tengo una verdadera satisfaccion en que usted me la devuelva; hay en ella apuntaciones importantes, y le agradezco á usted mucho... (Yendo á cogerla.)

PIO. Basta de hipocresía. ¿Dónde ha pasado usted esta noche?

NIC. Y á usted qué le importa? Pues hombre!..

PIO. Conque no me importa! Conque no quiere usted confesar nada!—Está bien.—Yo venía dispuesto á no dar un escándalo, pero usted quiere que lo haya y lo habrá.

NIC. Pero hombre, por qué?

PIO. Hágame usted el favor de no hacerse el desentendido. ¿Dónde tiene usted á mi sobrina?

NIC. Yo!

PIO. Usted.

NIC. Á su sobrina?

PIO. Á mi sobrina!

NIC. Y quién es su sobrina de usted?

PIO. Ya le he dicho que soy el tio de Virginia! De Virginia, á quien usted ha secuestrado.

NIC. Yo secuestrador! Hombre, está usted disparatando; usted me confunde con otro.

PIO. Ah! Va usted á negarme tambien que ha estado esta noche en el baile de la Zarzuela?

NIC. Sí señor que lo niego.

PIO. Háse visto desvergüenza semejante! Conque no ha estado usted allí con mi sobrina? ¿Conque no llevaba usted dominó negro y careta verde? Conque no les he descubierto á ustedes! Conque no le he pegado á usted un bastonazo!

NIC. Á mí? Ya se libraría usted muy bien. ¡Pues me gusta!

PIO. Y ahora no será bastonazo lo que le pegue, sino un tiro.

NIC. Pero hombre!

PIO. Usted me ha robado á mi sobrina, usted no quiere de-

cirme dónde la tiene... Bueno. Yo podría acudir á la autoridad para que le obligase á devolvérmela, pero ni quiero llevar esta cuestion ante los tribunales ni ver á mi sobrina, porque si la veo la mato. Me he propuesto arreglar por mí mismo este asunto y lo arreglaré, yo se lo aseguro.

Nic. Por las once mil vírgenes, le suplico á usted que me oiga un momento. Aquí hay un error que necesito desvanecer á toda costa. Yo soy efectivamente Nicomedes Cordero, dueño de esa cartera...

Pio. De esta cartera, que se le cayó á usted del gaban al salir esta madrugada del baile...

Nic. Dale con el baile! Le aseguro á usted que yo no he estado nunca en ninguno.

Pio. Me negará usted tambien que ha pasado la noche fuera de casa?

Nic. Eso no se lo niego á usted.

Pio. Porque no puede usted negármelo. Porque acaba de decírmelo esa señora que le ha despertado.

Nic. Sí es muy cierto que no he dormido en casa.

Pio. Dónde ha estado usted!

Nic. Velando á un enfermo.

Pio. Hombre! Mire usted qué demonio! Á un enfermo! Usted sí que va á estar de peligro dentro de poco.

Nic. Calma, por Dios, y escúcheme usted. Le juro por todo lo que usted me pida que en todo esto hay una lamentable equivocacion, que yo no sé cómo mi cartera ha ido á parar á ese baile de máscaras, que yo no conozco á su sobrina de usted, que soy una persona honrada, aunque me esté mal el decirlo, una persona formal, un padre de familia con siete hijos...

Pio. Cómo! Está usted casado! Rayos y truenos! Centellas y exhalaciones!

Nic. (Pues ya escampa)

Pio. Conque ademas de todo está usted casado!

Nic. Sí señor.

Pio. Es decir que no queda ni aun la honrosa reparacion de

casarle con ella.

Nic. Con quién?

Pio. Con Virginia!

Nic. Claro que no!

Pio. Oh cinismo inconcebible! Un hombre de sus años, seducir á una niña inocente, sacarla de su casa...

Nic. Mire usted que es mucho empeño!

Pio. Basta! Voy á enviarle á usted dos amigos y con ellos se entenderá usted.

Nic. Caballero! Caballero!

Pio. Ya no puede mediar entre nosotros sino un tiro ó una estocada. (Váse.)

ESCENA XII.

D. NICOMEDES.

Caballero! Caballero!—Ay qué hombre tan animal! Ay Dios mio! Es necesario convencerle á todo trance de que yo no soy quien le he robado su sobrina! Pero señor, quién me ha metido á mí en todo esto! Creo que voy á ponerme malo. Á mí me va á dar algo! (Dando golpes en la puerta del cuarto de Rafael y luégo en la de Escalera.) Don Rafael! Don Rafael! Señor de Escalera! Salga usted. Salgan ustedes pronto! (Se sienta haciéndose aire.)

ESCENA XIII.

DICHO, ESCALERA y despues RAFAEL.

Esc. Qué sucede? Qué es eso?

Nic. Ay señor de Escalera! Me veo en una situacion muy comprometida!—Don Rafael!—Yo necesito consultar con ustedes, que ustedes me aconsejen...

Rafael. Qué ocurre, señor don Nicomedes!

Nic. Ay amigos mios, una cosa muy gorda, un lance muy apurado, un error que es necesario desvanecer á toda costa. Yo soy víctima de una equivocacion...

Esc. Pero hombre, explíquese usted.

RAFAEL. Sepamos.

NIC. Pues es el caso que acaba de estar aquí un señor que se llama don Pío.

RAFAEL. Don Pío! Caracoles!

NIC. No, no se apellida Caracoles, Vargas me parece que dijo.

RAFAEL. (Serenándose.) Será otro. Siga usted, siga usted.

NIC. Pues ha venido á pedirme que le entregue su sobrina, una tal Virginia que dice que yo le he robado.

RAFAEL. Já, já, já! Tiene gracia!

NIC. Maldita la que yo le encuentro.

RAFAEL. Siga usted. (Conteniéndose.)

NIC. Y lo peor del caso es que jura que yo he estado con ella esta noche en el baile de la Zarzuela, y que me pegó un bastonazo, y que se me cayó una cartera, en la cual había varias tarjetas, por las cuales ha sabido cómo me llamo, viniendo á buscarme para que le devuelva á su sobrina.

RAFAEL. Ya lo comprendo todo! Malditas tarjetas!

NIC. Cómo! Lo comprende usted! Explíquemelo, por Dios, porque yo no lo entiendo.

RAFAEL. Ni yo tampoco. Lo que quiero decir es que... esas tarjetas... Comprende usted?... Como tendrían las señas... ¿Está usted?... Le han hecho sospechar... ¿Entiende usted?

NIC. No señor, no entiendo una palabra de todo esto.

ESC. Yo sí lo entiendo. Lo que hay aquí es que usted no ha querido ser franco y empezar diciéndonos la verdad.

NIC. Yo!

ESC. Sí señor, usted!—Usted no ha estado esta noche velando á ningun enfermo, sino en el baile.

NIC. Hombre, usted tambien!

ESC. Ese señor le ha confundido á usted con el que le ha robado su sobrina, si no es usted mismo, porque yo no me fio de nadie! hum, hum!

NIC. Por las quince mil Vírgenes! Le juro á usted que he estado acompañando á ese pobre señor.

RAFAEL. Já, já, já! Vamos, que me hace mucha gracia.

NIC. La cosa es para tomarla á risa!

RAFAEL. Usted dispense, pero no puedo remediarlo.—Yo empiezo por creer á usted, y ni sospecho siquiera que haya estado en el baile.

NIC. Usted me hace justicia.

ESC. Entónces no comprendo lo que pasa.

NIC. Ni yo!—¿Cómo ha ido mi cartera á dar al baile?

ESC. Eso es muy extraño.

RAFAEL. Sí, muy extraño!

NIC. Y lo peor de todo no es esto, sino que ese don Pío, que Dios confunda, se empeña en que soy yo el culpable; se ha puesto hecho una fiera, y al marcharse ha dicho que me enviará dos padrinos, y que esto no puede arreglarse sino con un tiro ó con una estocada.

ESC. Un desafío!

NIC. Sí señor, un desafío. ¡Á mí que en mi vida he tenido un disgusto con nadie!

RAFAEL. Eso no se puede llevar á cabo.

ESC. Poco á poco, segun y conforme.

NIC. Pues yo creo, como el señor, que no puede llevarse á cabo.

ESC. Conforme y segun, repito. Si él cree que usted le ha robado su sobrina hay razon y mucha.

NIC. Pero si yo no...

ESC. Él lo cree y basta. Pruébele usted lo contrario y entónces...

NIC. Si yo no sé quién es su sobrina, ni dónde está. Figúrese usted que se haya escapado con otro y que no parezca y que su tio siga creyendo que soy yo el raptor, qué hago yo entónces? Cómo me sincero?

ESC. Batiéndose.

NIC. Es claro, eso se dice muy bien.

ESC. Ademas él le habrá insultado á usted...

NIC. Me ha llamado secuestrador!

RAFAEL. Já, já, já! Dispense usted!

ESC. Pues ahí es nada! Y quiere usted más motivo para un

lance? Ya lo hay de sobra.—Nada, yo me encargo de todo esto. Veo que es usted muy tímido. Cuando vengan los padrinos que se entiendan conmigo. No se ocupe usted de nada. Yo haré sus veces de usted. Así como así estaba deseando verme en un lance de estos!

NIC. Es posible! Tanta bondad! ¡Cómo pagar á usted este favor! Pero yo no debo permitir... Si acaso le mata á usted...

ESC. Matarme á mí, por qué?

NIC. Nada más fácil; puede ser un gran tirador... y aunque usted tambien lo sea...

ESC. Pero yo para qué necesito ser tirador ni dejar de serlo! El papel de padrino no creo que requiera...

NIC. Padrino! Vamos! Ya comprendo! Es padrino lo que quiere usted ser?

ESC. Pues qué quería usted?

NIC. Yo creí...

ESC. Creyó que iba á batirme en su lugar?

NIC. No, ya comprendo que eso sería demasiada bondad.

ESC. Demasiada tontería. ¡Pues hombre! Hum, hum!

NIC. Lo cierto es que me hallo en un compromiso gravísimo.

RAFAEL. No se apure usted. Ese duelo es imposible.

NIC. Usted me consuela!

ESC. Pues hace muy mal en consolarle á usted, porque yo lo veo inevitable!

NIC. Ay, Vírgen de las Angustias! (Sentándose.)

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA AMPARO, con dos chocolates.

AMPARO. El chocolate! (Á D. Nicomedes.) Usted va á tomarlo tambien?

NIC. Yo!—Bueno, sí, lo tomaré. (Váse Doña Amparo.)

ESC. (Tomándolo.) Chocolate! Á cualquier cosa llaman las patronas chocolate!

RAFAEL. (Como arreglaré yo todo esto! Bonito lío se va á armar! Si yo descubro la verdad tendré que batirme con don

Pío; no, yo no digo una palabra. Veremos lo que resulta.)

AMPARO. (Que trae otro chocolate, dándoselo á D. Nicomedes.) Tome usted.

RAFAEL. Chis! Doña Amparo! (En voz baja.) (Hágame usted el favor de llevar á Virginia este recuerdo en mi nombre!) (Dándole una sopa de chocolate.)

AMPARO. (Don Rafael!

RAFAEL. Sea usted amable! Llévesela usted.)

AMPARO. (Comiéndose la sopa. Con la boca llena.) Los enamorados son bobos!

ESCENA XV.

DICHOS, ménos DOÑA AMPARO.

Escalera acaba de tomar el chocolate, y Rafael en cuanto acaba tambien, coge la jícara de D. Nicomedes y le pone en su lugar la suya vacía.

NIC. (Sin tomar el chocolate.) Por más que le doy vueltas no acabo de comprender cómo mi cartera ha ido á dar al baile.—Es triste gracia verse uno metido en estos lances sin comerlo ni beberlo.

ESC. Si, es muy triste, pero es necesario. (Se levanta para dejar el plato sobre la mesa, y al estar de espaldas, es cuando Rafael hace el cambio de jícaras.)

NIC. (Mirando al techo.) Dios mio, inspírame alguna idea que me saque de este apuro!

ESC. Nada, nada, usted lo primero que tiene que hacer es batirse y luégo aclarar los hechos.

NIC. Eso es, y si me mata, los aclara el demonio. (Empieza á meter pedazos de pan en la jícara, comiéndoselos secos.)

ESC. Hombre, el caso no es para un duelo á muerte. Yo sostendré con los padrinos que usted no es quien ha ofendido á ese señor, pero que se bate por los insultos recibidos, dejando luégo el averiguar lo referente á su sobrina.

NIC. Y no sería mejor averiguarlo ántes?

Esc. Pero si no es posible!

Nic. Es verdad.

Esc. Usted tira?

Nic. De dónde?

Esc. Que si tira usted algun arma, hombre!

Nic. No señor; no sé más que tirarlas al suelo, si acaso...

Esc. Entónces elegiremos el sable. Usted, como provocado, tiene la eleccion de armas.—El sable tiene la ventaja de que todo lo que puede suceder es que le corte á usted un brazo ó que le rompa la cabeza.

Nic. Nada más! Pues es un consuelo!—Vamos, yo no puedo tragar esto. (Deja el plato sobre la mesa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA AMPARO.

Amparo. Don Nicomedes, un parte telegráfico!

Nic. Dios mio! Qué será esto! Alguna desgracia! De seguro! Nunca viene una sola.

Amparo. Firme usted el recibo

Nic. (Vá á la mesa y firma el recibo.) Sí; el corazon me anuncia cosas muy malas.—Tome usted. (Dándole el recibo á Doña Amparo que sale y vuelve luégo.) De mi mujer. (Leyendo.) «Impacientísima. Salgo hoy para esa con chiquitines.—Sebastiana.»—Horror! Mi mujer llega. Se va á enterar de todo! Va á creer lo del baile! Y acaso viene á verme morir. Ay, ni puedo más. (Cae desmayado.)

Amparo. Qué es eso!

Rafael. Agua! Agua!

Esc. (Haciendo aire á D. Nicomedes.) Bueno anda todo, bueno! Hum! Hum! Hum!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AMPARO y RAFAEL.

AMPARO. Pero qué es lo que le pasa á don Nicomedes?

RAFAEL. Ya lo sabe usted. Que llega hoy su esposa con todos los chicos, y como el buen hombre se ve en no sé qué compromiso por no sé qué cuestion, teme que al llegar se entere ella y se arme aquí la de San Quintin.

AMPARO. Pero qué cuestion es esa?

RAFAEL. No lo sé, ni trate usted de averiguarlo. En cuanto yo tenga alguna noticia se la comunicaré á usted. Por ahora lo ignoro todo, completamente todo y, como usted comprende, sería una imprudencia preguntarle nada cuando él parece interesado en ocultarlo. Por eso no debe usted preguntar...

AMPARO. Yo! Mujer ménos aficionada á saber vidas agenas...

RAFAEL. (Por si acaso...) Pero no hablemos de esto. Doña Amparo, yo tengo que pedir á usted un favor.

AMPARO. No tengo suelto.

RAFAEL. Si no es dinero!

AMPARO. Ah!

RAFAEL. ¿Cuánto tiempo hace que está Virginia metida en su cuarto de usted!

AMPARO. Me gusta la pregunta! Desde que usted la trajo; desde las siete de la mañana.

RAFAEL. Y son las dos de la tarde.

AMPARO. Bien, y qué?

RAFAEL. Es decir que hace ya siete horas que está la infeliz sola.

AMPARO. Pobrecita! Se la va á comer el coco!

RAFAEL. Ha almorzado con apetito?

AMPARO. Si señor, se ha comido una chuleta atroz!

RAFAEL. Sí! Atroz seria. ¡Conozco las chuletas que usted da!

AMPARO. Pero acabará de decirme qué favor desea que le haga?

RAFAEL. Doña Amparo, ya me conoce usted; yo soy corto de genio...

AMPARO. Eso sí.

RAFAEL. Cuando me dirijo á una persona bondadosa como usted...

AMPARO. Muchas gracias.

RAFAEL. Temo abusar...

AMPARO. Vamos, hombre, acabe usted de decír lo que quiere.

RAFAEL. Pues bien, deseo... hablar con ella!

AMPARO. Ya empezamos! No me dijo usted que habría incomunicacion completa?

RAFAEL. Pero reflexione usted que necesito ponerme de acuerdo con ella acerca de lo que voy á decir á su tio... Porque yo voy á ver á su tio... y á convencerle de que debe darme la mano de su sobrina... Y me la dará, si, y entónces... Ya verá usted!

AMPARO. Sí: un estudio en Roma, otro en Pekin .. ya me lo ha dicho usted. Y que pintará cuadros muy grandes... Sea enhorabuena, cuando lo vea lo creeré.

RAFAEL. De modo que puedo hablar con ella, no es eso? Oh! Qué buena es usted, qué buena!

AMPARO. Y si álguien les ve á ustedes?

RAFAEL. Don Nicomedes está durmiendo, el retirado ha salido y el señor de la sala no viene hasta la hora de comer...

AMPARO. Bueno, hablarán ustedes delante de mí.

RAFAEL. Como usted quiera.

AMPARO. (Acercándose á la segunda puerta izquierda.) Señorita, señorita, salga usted!

ESCENA II.

DICHOS, VIRGINIA.

RAFAEL. Virginia! (Yendo á ella con los brazos abiertos.)

AMPARO. (Interponiéndose.) Alto!

RAFAEL. Señora! No permite usted ni una expansion del espíritu!

AMPARO. Déjese usted de expansiones!

VIRG. Ay! Yo estoy avergonzada! Qué pensará de mí esta señora!

AMPARO. Yo! Nada malo, hija mia. Comprendo bien lo que es la juventud. Yo tambien he sido jóven.

VIRG. (Con naturalidad.) Sí?

AMPARO. Pues ya lo creo! Y aunque no me he encontrado en e caso de usted precisamente, me he visto en otros casos Soy dos veces viuda, ya ve usted si habré pasado por todo.

RAFAEL. Virginia! Me tienes inquieto. ¿Por qué estás afligida? No hay motivo para ello.

AMPARO. Es claro, se pondrá á bailar unas seguidillas si á usted le parece. Esta señorita tiene razon para afligirse, porque su extravío no tiene nada de agradable.

VIRG. Es verdad! (Llorando.)

RAFAEL. ¿No te sirve de consuelo verte al lado del hombre que te ama? ¿No estás tranquila junto á mí?

VIRG. Sí, pero ¿y mi tio?

RAFAEL. Tu tio! Ya se arreglará eso. No pienses en tu tio.

VIRG. Y cuándo se arreglará?

RAFAEL. Muy pronto.—¿Me quieres?

VIRG. No me lo preguntes.

RAFAEL. Vamos, dime si me quieres.

VIRG. Si ya lo sabes!

RAFAEL. Mucho, mucho?

AMPARO. Diga usted, don Rafael, era eso todo lo interesante que tenía que decir á esta señorita?

RAFAEL. Señora, es usted intransigente.

AMPARO. Ay! Don Nicomedes se ha levantado! Le oigo. Retírese usted.

RAFAEL. Sí, que no te vean. Adios! (La da un beso muy fuerte en la mano.)

AMPARO. (Volviéndose.) Eh?

RAFAEL. Oh!

VIRG. (Sollozando.) Ah!

AMPARO. (Mirando con mala cara á Rafael.) Ay! (Vánse.)

ESCENA III.

RAFAEL, despues D. NICOMEDES.

RAFAEL. ¿Qué resultará de todo esto? En buen jaleo me he metido.

NIC. Nada, imposible coger el sueño.

RAFAEL. Qué es eso, don Nicomedes? (Mi víctima!)

NIC. Que no puedo dormir, que este disgusto me va á costar la vida.

RAFAEL. Ya se arreglará todo.

NIC. Aunque se arregle. Me siento muy malo. La noche que he pasado con el enfermo, el susto de esta mañana, la noticia de la llegada de mi mujer... todo se ha reunido para anonadarme. Un momento sólo he logrado quedarme algo traspuesto y he tenido una pesadilla espantosa. Yo estaba clavado así, por el estómago con un florete; mi contrario me hacía dar vueltas como en un asador, mis siete chicos bailaban alrededor de mí, y Sebastiana me daba pellizcos gritando: Anda, anda, vuelve á los bailes, vuelve á los bailes!—Ay! Ha sido horrible!

RAFAEL. Tranquilícese usted. Yo le aseguro que no llegará el caso de batirse. Procuraremos arreglarlo con los padrinos.

NIC. Ay, qué bueno es usted! Qué persona tan apreciable! Usted me vuelve la calma.

RAFAEL. (Si éste supiera que soy yo la causa de todo!)

NIC. Los padrinos no han venido aún?

RAFAEL. No señor, pero cuando vengan yo les convenceré de que usted no tiene nada que ver en todo esto.

NIC. Sí? ¿Los convencerá usted?

RAFAEL. Lo procuraré al ménos.

NIC. Gracias, gracias. Usted no es como el señor Escalera... Ese dice que debo convencerlos despues de muerto.

RAFAEL. Confie usted en mí.

NIC. En sus manos encomiendo mi cuerpo.

RAFAEL. (Yo no puedo consentir que este hombre... Pero y si digo que soy yo y don Pío me busca?... Será el lance conmigo. Canastos! Es una cosa muy grave!)

NIC. Qué piensa usted? Se le ha ocurrido algo?

RAFAEL. Sí señor, que está usted muy comprometido, pero mucho. (Váse como meditando.)

ESCENA IV.

D. NICOMEDES, despues ESCALERA.

NIC. Pues señor, bonita manera de animarme. Estoy que se me puede ahogar con un cabello. ¡Y sin cabello tambien! Ay Sebastiana, Sebastiana, cómo voy yo á convencerte de que soy un desdichado, víctima de un error incomprensible!

ESC. (Entra por el foro embozado en la capa, bajo la cual trae un gran bulto.) Aquí traigo esto.

NIC. Y qué es eso?

ESC. Los sables y todo lo necesario.

NIC. Ya!

ESC. Y tengo que dar á usted una noticia poco tranquilizadora.

NIC. Dios mio! ¿Qué pasa?

ESC. Vengo de casa de Nicolás, el zuavo, es muy amigo mio. Fuí á pedirle prestado todo esto, y allí me he encontrado... ¿á quién dirá usted?

NIC. No sé, al demonio, qué sé yo?

ESC. Á don Pío!

Nic. Y qué hacía allí?

Esc. Ensayarse.

Nic. Ensayarse, en qué?

Esc. En tirar, hombre.

Nic. Ah! vamos, ya comprendo! Estaba ejercitándose para mecharme.

Esc. Tirando al florete. Y bien! Es hombre que lo entiende.

Nic. Sí, eh?

Esc. Le ha dado á Nicolás cinco botonazos! Eso lo he visto yo.

Nic. Cinco botonazos! Ay que horrible debe ser eso! No me lo diga usted, hombre, no me lo diga usted.

Esc. Yo como ví que estaba tirando al florete, dije: me alegro.

Nic. Pues yo no me alegro ni pizca.

Esc. No sabe usted lo que dice.—Él es muy hábil en el florete, pero en el sable, no! Y como nosotros elegiremos el sable...

Nic. Sí, en lugar de pincharme me rajará.

Esc. Voy viendo que es usted un poco blanco.

Nic. Un poco, no señor, blanco por completo y rubio por añadidura.

Esc. Lo que hay que hacer es no gastar el tiempo. Voy á enseñar á usted lo más preciso. Aquí hay caretas y guantes y todo. (Sacándolo de debajo de la capa y colocándolo sobre la mesa. Entra en su cuarto y sale sin capa ni sombrero.)

Nic. ¡Qué guantes tan raros! (Poniéndoselos.) Parecidos á estos eran los que me ponia en el pueblo de mi cuñado para catar las colmenas. Ay! Pero aquello era mucho más dulce!

Esc. Ea, aprovechemos el tiempo. Venga usted á mi cuarto.

Nic. Pero, qué veo? Los sables son de madera! Esto ya no me asusta tanto. Es buena idea! Así todo se reduce á llevar una paliza.—Pero cree usted que don Pio se conforme con esto?

Esc. Pero hombre, si estos son los sables de sala. Para el

duelo serán de acero, naturalmente.

NIC. Ay! Ya decía yo que esto era demasiado bueno.

ESC. En cuanto cojo un arma en la mano me siento rejuvenecer. ¿Por qué me retiraría yo del servicio? Brigadier Talegon! Zás!—(Pega un palo á D. Nicomedes que está de espaldas.)

NIC. Ay!

ESC. Usted dispense; ha sido sin querer.—Vamos, vamos, á que aprenda usted siquiera los quites.

NIC. Eso es, los quites, los quites es lo que quiero aprender. (Entran en el cuarto de Escalera.)

ESCENA V.

DOÑA AMPARO, despues D. NICOMEDES y ESCALERA.

AMPARO. Pues señor, aquí pasa algo extraordinario; no me cabe duda. Estas idas y venidas del señor Escalera, el no haber almorzado don Nicomedes, él, que siempre se zampa su racion y la de los demas si se la dejan... Nada, nada, aquí pasa algo muy gordo y yo he de averiguarlo.

NIC. (Dentro.) Ay! Ay!

AMPARO. Qué será eso? Parece don Nicomedes el que grita! Yo voy á ver qué pasa ahí dentro. (Al dirigirse á la puerta, aparece de espaldas en ella defendiéndose de los golpes que le asesta Escalera D. Nicomedes y aquel con las caretas puestas.)

AMPARO. Socorro! Ladrones! (Yendo hácia el foro gritando.)

NIC. No! No! Somos nosotros! Basta! Basta! (Tirando la careta y el sable.)

AMPARO. Don Nicomedes!

NIC. El mismo!

AMPARO. Pero para qué se ha puesto usted de máscara?

NIC. Yo de máscara! No me hable usted de máscaras!

AMPARO. Bueno, bueno. (Dios mio, si estará loco!)

ESC. Le dejaré á usted que descanse. (Quitándose la careta.)

AMPARO. El señor Escalera!

NIC. Descansar! No señor, yo no puedo más. Estoy molido. Prefiero que me maten.

ESC. Pues que le maten á usted! La culpa tengo yo en me-

terme donde no me llaman! En lugar de agradecérmelo! Hum! Hum! Siempre me pasa lo mismo.

NIC. Si yo se lo agradezco á usted muchísimo! No lo ¡olvidaré nunca. Ay! Pero me ha dado usted una tunda horrible!

ESC. Pues si hace usted lo mismo sobre el terreno lo matan á usted de seguro.

NIC. Me matarán, sí, señor; si esa ya me la tengo yo tragada.

AMPARO. Pero quién va á matarle á usted?

ESC. El demonio, á usted qué le importa? Tambien es mucha curiosidad!

AMPARO. Usted dispense, hombre. (Jesús qué fiera! Voy á decirle lo que pasa á don Rafael.) Ay! Llaman.—Se lo diré luégo. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos DOÑA AMPARO.

NIC. Pero señor, será posible que no pueda evitarse este conflicto!

ESC. Ea, ya ha descansado usted. Volvamos á la leccion.

NIC. Á la leccion! (Éste se ha aficionado á darme de palos.) No señor, usted me dispense, pero yo no cojo un arma en mi mano hasta que me vea precisado á ello.—Ay! No puedo mover este brazo.

ESC. Usted se lo pierde. Lo que siento es haberme molestado en traer todo esto para nada.

NIC. No, para algo sí ha servido.

ESC. Veinte años hacía que no tiraba.

NIC. Pues conmigo se ha desfogado usted á su gusto.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA AMPARO, luégo RODRIGUEZ y GONZALEZ.

AMPARO Don Nicomedes, aquí hay dos caballeros que preguntan por usted.

NIC. Ay! Los padrinos!

ESC. Que pasen! Lleve usted todo eso á su cuarto. Que no lo vean! (Á D. Nicomedes, que recoge apresuradamente los sables, etc., y los mete en su cuarto saliendo luégo.)

AMPARO. Pasen ustedes. (Entran Rodriguez y Gonzalez.)

ESC. (Á Doña Amparo.) Diga usted á don Rafael que haga el favor de salir.

AMPARO. Voy. (¿Qué será esto?) (Entra en el cuarto de Rafael.)

ESC. Señores...

NIC. Señores... (No me llega la camisa al cuerpo.)

ROD. ¿Quién de ustedes es el señor de Cordero?

NIC. Yo soy Cordero. Servidor de usted.

ROD. Muy señor mio.—Venimos en nombre del señor de Vargas á que nos haga usted el obsequio de decirnos con quién vamos á tener el honor de entendernos.

NIC. (Señalando á Escalera.) Con el señor. (Repara entónces que aún tiene puesto el guante y se lo quita rápidamente) Y con el señor. (Por Rafael, que sale seguido de Doña Amparo.)

AMPARO. (Entra por la derecha.) Es indudable que aquí pasa algo muy gordo. Yo lo averiguaré.

ESC. (Ap. á D. Nicomedes.) (Déjenos usted solos.

NIC. Pero yo deseaba explicar...

ESC. Lárguese usted!)

NIC. Pues... ustedes se entenderán... (Saludando.) Señores... (Ap. á Rafael.) (Convénzales usted de que soy inocente.

RAFAEL. Vaya usted descuidado.)

NIC. Servidor de ustedes. (Vírgen de las Angustias, sácame con bien de esto.) (Váse á su habitacion.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos D. NICOMEDES.

RAFAEL. (Esto se formaliza.)

ESC. Señores, tomen ustedes asiento. (Gonzalez y Rodriguez se sientan. Escalera va cerrando todas las puertas. Cuando llega á la del cuarto de Doña Amparo ve á ésta que escucha detrás.) Qué hace usted ahí, señora?

AMPARO. (Saliendo.) Nada, hombre, nada. (Sale por el foro y Esca-

lera cierra la puerta.)

Esc. Dejen ustedes los sombreros.

Rod. Gracias.

Gonz. Gracias.

Rod. Suponemos á ustedes enterados de la causa que ha dado orígen á este lance.

Esc. Sí señor, la sabemos.

Rod. El señor Cordero, un hombre respetable por su edad, por su posicion y por su estado, ha seducido inícuamente á una doncella honrada.

Gonz. Inícuamente.

Rod. Arrancándola del hogar paterno.

Gonz. Del hogar paterno de su tio.

Rod. Y no satisfecho con una seduccion imposible de reparar, á causa de su estado, niega descaradamente los hechos y no devuelve á su tio la jóven, ocultándola sabe Dios con qué objeto.

Gonz. Sabe Dios con qué objeto!

Rod. Como usted comprende esto no tiene disculpa de ninguna clase. El hecho es grave.

Gonz. Gravísimo.

Nic. (Saliendo.) Señores, yo juro á ustedes por la salud de mis hijos...

Esc. Hombre, hágame usted el favor de retirarse. (Está usted haciendo un papel ridículo!)

Nic. Sí? Ustedes dispensen. Abur. Pero conste...

Esc. Basta, basta. (Vuelve á entrar en su cuarto y Escalera cierra la puerta.)

Rafael. Nosotros no podemos permitir que este duelo se verifique sin probar plenamente que nuestro apadrinado es culpable de lo que el señor Vargas le atribuye.

Rod. Pero aún quiere usted mayores pruebas!

Gonz. Las quiere usted mayores?

Rafael. Hasta ahora hay una grande, pero en contra.

Rod. Cuál?

Gonz. Eso es, cuál?

Rafael. El señor Cordero ha pasado la noche velando á un en-

fermo, y siendo así, mal ha podido hallarse en el baile de la Zarzuela.—Veamos al enfermo y saldrán ustedes de su error.

ROD. Lo que nos diga ese caballero, que es amigo del apadrinado de ustedes, no convencerá al nuestro, que puede suponer todo esto un medio de eludir el lance.

GONZ. Eso es: un medio de eludir el lance.

RAFAEL. En tal caso no hay medio de convencer al señor Vargas.

ROD. Exige una reparacion que sólo puede darse en un terreno; con las armas en la mano. Advirtiendo á ustedes que está dispuesto, si este señor no acepta, á obligarle á ello por cuantos medios estén á su alcance.

GONZ. Por todos los que estén á su alcance.

RAFAEL. Comprendido. (Pues me divierto si descubren que soy yo!)

ESC. Nada, nada, el duelo es inevitable. Nuestro apadrinado carece de medios para probar que no es él quien ha robado la sobrina á ese caballero, y como éste no ha de convencerse sin pruebas, don Nicomedes está en el caso de batirse. Ademas, el señor Vargas le ha insultado sin razon, y con esto bastaría para que el señor Cordero volviese por su honra ultrajada. Así, pues, ya que nosotros somos los encargados de arreglar esto, terminemos pronto.

RAFAEL. (Bonita manera de arreglarlo!)

ESC. Nuestro amigo, como provocado, tiene la eleccion de armas y quiere que el duelo sea á sable.

ROD. Aceptado.—Advierto á ustedes que el señor Vargas exige que sea á muerte.

GONZ. Á muerte.

NIC. (Sacando la cabeza y cerrando despues la puerta.) Asesino!

RAFAEL. Á muerte! Eso es una atrocidad.

ESC. Se batirán hasta que uno de ellos quede inutilizado para continuar el duelo.

RAFAEL. Pero hombre...

ROD. Aceptado.

GONZ. Aceptado.

ESC. Ustedes dirán hora y sitio.

ROD. Á las siete de la mañana, detrás de las tapias de la Casa de Campo.

ESC. Convenido.

RAFAEL. Pero señores...

ESC. No hay más que hablar. Los hombres han de portarse como lo que son. No es esto juego de chiquillos.

RAFAEL. (La cosa se va arreglando.)

ROD. Señores, yo lamento la causa que me ha hecho tener el gusto de conocer á ustedes, pero no por eso es ménos grande este placer.

GONZ. No es ménos grande este placer.

ESC. Muchas gracias.

ROD. Reconózcanme ustedes por un servidor; Juan Rodriguez, Mediodía Grande, seis, principal.

GONZ. Lo mismo digo: Luis Gonzalez, Mediodia Chica, tres, segundo. (Vánse seguidos de Rafael y Escalera, que vuelven á entrar luégo.

ESCENA IX.

D. NICOMEDES, luégo ESCALERA y RAFAEL.

NIC. (Que sale vacilante y tembloroso y se deja caer en la butaca.) Ay! Desgraciado de mí! Ya me veo difunto!

RAFAEL. (Qué haré yo, señor, qué haré yo!)

ESC. Don Nicomedes!

NIC. Aquí estoy. No me diga usted nada. Lo sé todo, lo he oido todo. Se ha lucido usted.

ESC. Cómo!

NIC. Usted será responsable de mi muerte!

ESC. Don Nicomedes!

NIC. Sí señor, sí; porque yo moriré mañana á las siete.

ESC. Y qué culpa tengo yo?

NIC. Usted me dijo que lo arreglaría y han quedado ustedes en que nos zurremos la badana hasta que uno de los dos quede inutilizado.

ESC. Y su contrario exigía que fuera á muerte! Conque ya ve usted si tiene usted que agradecerme.

NIC. Vaya, pues muchas gracias.

ESC. No tiene usted la culpa, sino yo! Hum! Hum!

NIC. Eso es lo que yo digo.

ESC. Ya puede usted buscar otro que le apadrine. Pues hombre! No faltaba más! Encima de hacerle un favor! Si no se puede servir á nadie. No encuentra uno más que ingratos en el mundo. Yo me tengo la culpa! Hum! Hum! (Váse.)

ESCENA X.

DICHOS ménos ESCALERA, luégo DOÑA AMPARO.

NIC. Vaya usted mucho con Dios! Para morirme no necesito padrinos.

RAFAEL. (Me está dando mucha lástima este hombre! Tengo remordimiento.)

NIC. Muchas gracias, don Rafael, usted es el único que se hace cargo de mi situacion. Ya he visto que ha procurado usted evitar el duelo... Se lo agradezco á usted mucho.

AMPARO. Don Nicomedes, acaban de traer este pliego para usted,

NIC. Otra desgracia! De fijo! Como si lo viese! (Lo toma y lo abre.)

AMPARO. (Á Rafael.) Pero quiere usted explicarme...

RAFAEL. Déjeme usted ahora; ya se lo diré luégo.

AMPARO. (Pero qué mala yerba habrá pisado toda esta gente!) (Váse.)

NIC. Es posible! Dios mio!—Mi credencial! El nombramiento de oficial segundo de Rentas de la administracion de Toledo!—Un ascenso! Ahora! Cuando ya no me sirve para nada.

RAFAEL. Le han empleado á usted?

NIC. Sí, señor, lo que no habia conseguido en cinco meses lo he logrado en mi última hora.

RAFAEL. Anímese usted, don Nicomedes. Yo procuraré... yo pen-

saré... yo evitaré ese duelo.

Nic. Sí; sí; cuando ya no tiene remedio.

Rafael. (Necesito tomar una resolucion.) Anímese usted, se lo repito.

Nic. Ya lo oigo.

Rafael. Qué haré yo para componer todo esto? (Váse.)

ESCENA XI.

D. NICOMEDES solo.

Credencial de mis sueños!—Pliego esperado con tantas ansias!—En qué ocasion llegas á mis manos! (Leyendo.) «Lo que comunico á usted para su satisfaccion.»—Para mi disgusto debía decir.—«Dios guarde á usted muchos años.»—Bajo una losa me guardarán mañana.—Y mi mujer que llegará esta noche!—Y mis cinco chiquitines! Y Periquito que es tan sensible! (Llora.) Dios mio! Qué idea! (Animándose poco á poco.) Sí! Eso es. Podría evitarse ó retrasarlo al ménos. Indudablemente! Pongo un telégrama á mi mujer diciéndola que suspenda el viaje y dándole la noticia de mi reposicion, y esta noche misma tomo el tren y á Toledo! Y que me pesquen mañana! Que me aguarde para batirme!—Oh, qué feliz idea! ¿Cómo no se me habrá ocurrido ántes?—Voy á escribir el parte. (Se sienta á la mesa y escribe contando por los dedos las palabras que va escribiendo.) Suspended—viaje—yo—empleado—salgo—para—esa—hoy.—Nicomedes. Así, perfectamente! Ya respiro! (Llamando.) Doña Amparo! Ay, Sebastiana, qué abrazo te voy á dar! Como los del año cuarenta y nueve!

ESCENA XII.

DICHO, DOÑA AMPARO.

Amparo. Me llamaba usted?

Nic. Sí señora, sí. Venga usted acá. Que no se entere nadie.

AMPARO. Qué pasa?

NIC. Déme usted mi cuenta y prepáreme la ropa.

AMPARO. Se va usted!

NIC. Silencio! Que nadie lo sepa.—Sí señora, me voy fuera de Madrid esta noche. Pero, por Dios, que no se entere de esto el señor Escalera ni don Rafael.

AMPARO. Descuide usted, que por mí no lo sabrán.

NIC. Voy á salir un momento. Para cuando vuelva téngame usted todo preparado.

AMPARO. Está bien.

NIC. Y mucho sigilo, mucho, que me va en ello la vida. No le digo á usted más! (Entra en su cuarto.)

AMPARO. Cada vez entiendo ménos lo que sucede (Váse.)

ESCENA XIII.

ESCALERA, luégo D. NICOMEDES, con el gaban que sacó en el primer acto Rafael.

ESC. Haga usted favores á nadie! Cuando yo vuelva á hacer un favor á cualquiera! Ya ha de haber llovido, ya.

NIC. Señor Escalera! Yo suplico á usted que me dispense si le he ofendido.

ESC. Déjeme usted en paz!

NIC. Yo le ruego á usted que me sirva de padrino. Ántes, en el primer momento le juzgué á usted mal; pero luégo reflexionándolo he comprendido que tiene razon, que debo batirme... y lo único que siento es que no sea á muerte. Sí señor. Yo soy así, cuando me decido á una cosa soy atroz. No me conoce usted bien. Tengo yo un geniazo!...—Conque cuento con usted? Eh? Hágame ese obsequio, yo se lo suplico. Quiero que vea usted lo que soy yo cuando llega el momento. Mañana ¡zás! lo divido! Qué se habrá figurado ese tio! Venirme á mí con bravatas! Ya verá usted! Ya verá usted! (Soy dichoso! Esta noche duermo en Toledo!) (Váse.)

ESCENA XIV.

ESCALERA, despues VIRGINIA.

Esc. Cosa más rara!—Vamos, más vale que comprenda su deber y que me agradezca el favor que le hago.—Y será verdad que ha sido otro el que ha robado su sobrina á ese señor Vargas? Yo no me fío de estos hombres que parecen así bonachones. Á lo mejor se lleva uno cada petardo! Hum! Hum! Dios sabe si será don Nicomedes!

Virg. (Que va á salir; al ver á Escalera se retira.) Ay!

Esc. Una mujer! Y muy jóven y muy guapa!—Y se asusta de verme! Qué será esto? No sabía yo que había más huéspedes que nosotros. Aquí hay misterio!—Zambomba! Si será ésta la sobrina de Vargas y se la habrá traido aquí don Nicomedes!—Sería gracioso!—Y todo es posible, porque estos que parecen no haber roto un plato en su vida... Hum! Hum!—Dijeron que se llamaba Virginia!—Voy á ver si contesta. (Acercándose á la puerta.) Virginia!

Virg. (Abriendo la puerta) Quién es usted? ¿Qué desea usted?

Esc. Es usted la sobrina del señor Vargas?

Virg. (Echándose á llorar.) Sí señor! Qué! Sabe mi tio que estoy aquí! Ay, qué desgraciada soy!

Esc. Pero señorita! Luego todo es verdad! La ha traido á usted aquí, fué usted con él al baile...

Virg. Sí señor, pero mi tio me perdonará, ¿no es cierto?

Esc. Parece mentira! Una jóven tan linda enamorada de un hombre así!

Virg. Usted cree que me perdonará mi tio?

Esc. Pero cómo ha hecho usted caso de él? Un hombre casado!

Virg. Cómo! Qué dice usted! Casado!

Esc. Le había dicho á usted que era soltero?

Virg. Sí señor, y lo es.

Esc. Qué ha de ser, si tiene ya siete hijos!

Virg. Jesús! (Cae desmayada.)

Esc. Qué barbaridad he hecho yo! Doña Amparo! Doña Amparo! Estoy aturdido! Qué pez es el tal don Nicomedes! Bonita está la sociedad!—Doña Amparo!—Buena! Buena! Hum! Hum!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA AMPARO.

AMPARO. Qué quiere usted!—Qué es eso! Virginia!
Esc. ¡Usted sabía que estaba aquí!
AMPARO. Sí señor. Pero qué tiene?
Esc. Y usted se presta á tener en su casa á esta pobre jóven, seducida por un hombre casado!
AMPARO. Casado! Él!
Esc. Hágase usted de nuevas ahora!
AMPARO. Y dijo que me pagaría el dia que se casase con ésta! Claro! El dia del juicio será cuando me pague.
Esc. Y no vuelve!
AMPARO. Llevémosla á su cuarto! Ay, qué hombres! Qué hombres! El mejor es un caiman!
Esc. (Ayudando á Doña Amparo á coger á Virginia.) Bueno anda todo, bueno! Hum! Hum! Hum! (Se la llevan.)

ESCENA XVI.

D. PÍO, despues DOÑA AMPARO.

PIO. No hay nadie aquí? Á ver! (Dando palmadas.) Patrona! Patrona!
AMPARO. Quién es? Quién llama de ese modo?
PIO. Diga usted al señor Cordero que salga.
AMPARO. No está en casa!
PIO. Sabe usted si vendrá pronto?
AMPARO. No lo sé.
PIO. Á qué hora come?
AMPARO. Á las seis, pero hoy acaso ántes, porque se va esta noche.
PIO. Que se va! Fuera de Madrid?

Esc. (Dentro.) Doña Amparo!

Amparo. Voy!—Sí señor, fuera!—Ay, qué jaleo! Me llaman! Le dejo á usted. (Váse.)

ESCENA XVII.

D. PÍO solo.

Y yo que venía á convencerme por completo de si era él el raptor de mi sobrina! Qué más prueba necesito? Esta cobarde huida demuestra hasta la evidencia que es culpable. Aquí le espero. No se me escapará, yo se lo juro. Viejo taimado! Yo lo compondré! (Se sienta de espaldas á la puerta del foro.)

ESCENA XVIII.

DICHO, D. NICOMEDES.

Nic. Pero qué admirable es el telégrafo! Decir que acaso en este momento sepa ya Sebastiana la feliz noticia! Esto es hermoso. ¡Bendito sea el inventor del telégrafo! Y el del ferro-carril, que sirve para escapar en un caso de apuro! Ea, voy á arreglar mi equipaje. Soy feliz!

(D. Pío, que ha notado poco ántes la presencia de D. Nicomedes, le detiene al ir á entrar en su cuarto.)

Pio. Lo que es usted es un canalla!

Nic. (Jesucristo!) Caballero!

Pio. Ya sé que tenía usted preparada su fuga para esta noche!

Nic. Ay Dios mio! ¿Quién le ha dicho á usted?...

Pio. Pero no le valdrá esa treta, porque estará usted sujeto á mi vigilancia hasta las seis de la tarde, hora en que tendré el gusto de romperle la crisma!

Nic. Á las seis!

Pio. Usted me obliga á que adelante la hora.

Nic. Pero hombre, convénzase usted de que soy inocente, de que ni siquiera conozco á su sobrina.

Pio. No me venga usted con excusas. Esta tarde nos vere-

mos las caras.

Nic. Está bien. Pues vaya usted con Dios y déjeme en paz hasta que llegue la hora.

Pio. Cá! No señor. Sería usted capaz de largarse.

Nic. (Me ha conocido! No hay remedio! Estoy sudando como en agosto.) (Saca el pañuelo y cae del bolsillo la careta que guardó en él Rafael.)

Pio. La careta! (Cogiéndola.)

Nic. Cómo!

Pio. La careta que usted llevaba anoche! Verde!—La ve usted? Niegue usted ahora.

Nic. Pero señor, quién me ha metido esa careta en el bolsillo!

Pio. Basta de hipocresía! ¡Ya le he arrancado á usted la máscara!

Nic Tiene usted razon en creerlo; sí señor. (Compungido.) Todas las pruebas me acusan, debe usted creerme culpable; pero le juro por mi patron San Nicomedes, que ni conozco á su sobrina de usted, ni la he visto en mi vida, ni...

ESCENA XIX.

DICHOS, ESCALERA, que ha oido estas últimas palabras.

Esc. Hombres desvergonzados he conocido, pero como usted ninguno.

Nic. Eh? Qué dice usted!

Esc. ¿Conque no sabe usted quién es la sobrina de este caballero!

Nic. Yo no!

Esc. (Á D. Pio.) Caballero, yo apadrinaba á este señor creyéndole inocente; pero ya tengo la evidencia de que no lo es. Merece que usted le mate.

Nic. Señor Escalera, por Dios!

Esc. Silencio!—No culpe usted á su sobrina: ella ignoraba que estuviese casado...

Nic. (Yo voy á volverme loco!)

ESC. Y él abusando de la inocencia y el candor de la jóven la ha traido á su casa.

NIC. Eh?

PIO. Cómo! Está aquí! Voy á matarla.

ESC. Prudencia! (Conteniéndole.)

NIC. Está aquí? Que salga, que salga!

ESC. Calle usted, hombre cínico.

PIO. Hágame usted el favor de decirla que salga.—Tendré prudencia!—No tema usted nada.—Á ella la dispenso hasta cierto punto.—Pero usted, usted va á pagármelas todas juntas.

NIC. Creo que estoy soñando!

ESC. Me promete usted tener prudencia?

PIO. Sí señor.

ESC. Señorita! Señorita! Salga usted!

NIC. Que salga, sí señor, que salga!

ESCENA XX.

DICHOS, VIRGINIA.

VIRG. Ay! mi tio! (Va á entrar de nuevo en el cuarto.)

PIO. Ven acá, desdichada.

NIC. (Quién será esta mujer! Si la habré yo traido sin saberlo!)

VIRG. Tio! Tio!—Perdon! (Arrodillándose.)

PIO. No lo mereces; no tienes disculpa! Enamorarte de ese avechucho!

NIC. Muchas gracias!

VIRG. Perdon!

PIO. Niegue usted todavía! (Á D. Nicomedes.)

NIC. Niego y reniego.—¡Señorita, cuándo me ha conocido usted á mí?

VIRG. Á usted! Yo! Nunca.

NIC. Lo ven ustedes?

PIO. Qué es esto? ¿No conoces al señor?

VIRG. Yo no.

ESC. No es este su amante de usted!

VIRG. No señor.

NIC. Lo ven ustedes, lo ven ustedes? Ay qué alegría! (Ay Sebastiana, qué abrazo te voy á dar!)

PIO. Entónces, quién es? ¿Dónde está? Que salga! Voy á matarle!

NIC. No diga usted eso, que no saldrá.

VIRG. Tio! Por Dios!

PIO. Está aquí, eh?

VIRG. Sí señor!

PIO. Á ver, que salga ese hombre! Pronto! (Dando bastonazos en la mesa.)

ESCENA XXI.

DICHOS, DOÑA AMPARO y RAFAEL.

AMPARO. Qué es esto? Qué pasa aquí?

RAFAEL. Qué sucede?

VIRG. (Á Rafael.) Vete por Dios!

PIO. Ah! Es ese! (Yendo hácia él.)

NIC. Don Rafael!

ESC. Conténgase usted!

RAFAEL. Por lo visto se ha descubierto todo? Pues bien, sí, yo soy! Virginia me ama y yo la idolatro.

VIRG. No, yo no le amo á usted; yo le desprecio.

RAFAEL. Cómo! Qué oigo!

NIC. Anda! Chûpate esa! (Me alegro por el susto que me ha dado.)

AMPARO. Y ha tenido usted valor para engañarla! Vayase usted con su mujer!

RAFAEL. Mi mujer! Y quién es mi mujer?

ESC. Poco á poco. Usted es soltero?

RAFAEL. Pues es claro!

ESC. Es soltero! (Á D. Pío.) Como creiamos que era el señor... (Por D. Nicomedes.)

PIO. Ya! Eso varía!

VIRG. Ay qué felicidad!—Perdon, tio!

RAFAEL. Sí, perdon, tio!

AMPARO. Cáselos usted!

PIO. Si yo no sé siquiera quién es este hombre.

AMPARO. Don Rafael, un pintor muy notable.

PIO. Rafael!—Si, he visto algunos cuadros suyos en el Museo! No son del todo malos.

AMPARO. Sí, pinta muy bien! Cáselos usted!—Ahora está concluyendo un cuadro de más mérito que *El Catarro de Sicilia.*

RAFAEL. El Pasmo, señora: el Pasmo!

AMPARO. Bien, es igual.

NIC. (Al publico)

Soy feliz! Libre al cabo
respirar puedo:
esta tarde á las siete
marcho á Toledo.
Para que mi ventura
vea colmada
no me nieguen ustedes
una palmada!

FIN DE LA COMEDIA.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

	Als lladres	1	D. Benito Monfort	Música
	Arturo di Foncarrale	1	Vidal	Música
	El capitan Araña	1	Augel Rubio	Música
	El fresco de Jordan	1	Isidoro Hernandez	Música
2 c.	El San Antonio de Murillo-o. v	1	Sres. Macarro y Rubio	L. y M.
	En el fondo del mar	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez	L. y M.
	La carta de Elena	1	D. Julian Castellanos	Libro.
	Los tomadores del dos	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez	L. y M.
	Maese Tallarines	1	Isidoro Hernandez	Música
	Mesa revuelta	1	Sres. M. Pina y Aceves.	L. y M.
	Una conspiracion	1	D. Manuel Fernandez	Música
4	Compuesto y sin novia	3	M. Pina Dominguez	L. y M.
	Entre el Alcalde y el Rey	3	Emilio Arrieta	Música
3	La Marsellesa	3	M. Ramos Carrion	Libro.
	Las nueve de la noche	3	J. Casares. (*Mitad.*)	Música

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en acto *Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de pa-io, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal*; de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas;* las zarzuelas *Arriba ibajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Los pája-s del amor, Paz conyugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos tos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catá-go de D. JOSÉ MARÍA MOLES.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos